

## II

Se dice que el 7 Thermidor, víspera del día en que Robespierre esperaba la llegada de Saint-Just, y en que había resuelto jugar su vida contra la restauración de la república, fué por última vez á pasar el día en la ermita de Juan Jacobo Rousseau, en las cercanías del bosque de Montmorency. ¿Iba á buscar inspiraciones políticas bajo la sombra de los árboles en la que su maestro había escrito el *Contrato social*, este código de la democracia? ¿Iba á rendir homenaje al filósofo espiritualista de una vida que iba á dar por su causa? Nadie lo sabe. Pasó, según se dice, horas enteras apoyada la cabeza en sus manos y recostado en la tapia rústica que cierra aquel pequeño jardín. Su semblante tenía la contracción del suplício y la lividez de la muerte, y en él se leía la agonía del remordimiento, de la ambición ó del desaliento. Robespierre tuvo tiempo para reunir en una sola mirada su pasado, su presente, la suerte de la república, el porvenir del pueblo y el suyo. Si murió de angustia, de arrepentimiento y de ansiedad, fué en aquella muda meditación.

Una intención recta al principio; una adhesión voluntaria al pueblo, que representaba á sus ojos la porción oprimida de la humanidad; un atractivo apasionado por una revolución que daba la libertad á los oprimidos, la igualdad á los humillados, la fraternidad á la familia humana, la razón á los cultos; algunos asiduos trabajos consagrados para hacerse digno de ser uno de los primeros obreros de aquella regeneración; las humillaciones crueles sufridas con paciencia en su nombre, en su talento, en sus ideas y en su fama, para salir de la oscuridad en que le confinaban los nombres, los talentos y la superioridad de Mirabeau, de Barnave y de Lafayette; su popularidad conquistada palmo á palmo, y siempre destrozada por la calumnia; su retirada voluntaria en las filas más oscuras del pueblo; su vida presa de todas las privaciones; su indigencia, que no le dejaba partir con su familia, más indigente que él, sino el pedazo de pan que la nación daba á sus representantes; su misma virtud levantada en acusación contra él; su desinterés, llamado hipocresía por los que eran incapaces de comprenderlo; el triunfo, en fin: un trono destronado, libertado el pueblo, su nombre asociado á la victoria y á las bendiciones de la multitud; pero al mismo tiempo la anarquía destrozando en el momento el reinado del pueblo; indignos rivales, tales como Hebert y Marat, disputándole la dirección de la revolución y precipitándola en su ruina; una lucha criminal de venganzas y crueldades estableciéndose entre sus rivales y él para disputarse el imperio de la opinión; algunos sacrificios culpables, hechos con repugnancia, pero hechos durante tres años por aquella popularidad que había querido ser alimentada con sangre; la cabeza del rey pedida y obtenida, la de la reina, la de millares de vencidos sacrificados después del combate; los girondinos sacrificados á pesar de que estimaba á sus principales oradores; el mismo Danton, su más orgulloso émulo, Camilo Desmoulins, su joven discípulo, arrojados al pueblo por una sospecha para que no hubiese más nombre que el suyo en boca de los patriotas; y en fin, el poder obtenido en la opinión, pero á condición de reconquistarle sin cesar por nuevos sacrificios; el pueblo no queriendo tener en su supremo legislador más que un acusador; las aspiraciones á la clemencia rechazadas por la

necesidad de inmolarse todavía; una cabeza pedida ó entregada por la precisión de cada día; la victoria tal vez para el día siguiente, pero sin determinar nada en el espíritu para consolidar y utilizar aquella misma victoria; las ideas confusas y contradictorias; el horror de la tiranía y la necesidad de la dictadura; los planes imaginarios llenos del espíritu de la revolución, pero sin organización para contenerlos, sin fuerza para hacerlos durar; palabras por instituciones; la virtud en sus labios, y la sentencia en la mano; un pueblo febril, una Convención servil, unos comités corrompidos; la república descansando en una sola cabeza; una vida odiosa, una muerte infructuosa, un nombre nefasto; el clamor de la sangre que no se apaga y que se elevaría en la posteridad contra él: todos estos pensamientos asaltaron sin duda á Robespierre durante aquel exámen de su ambición. No le quedaba ya más que un recurso: éste era ofrecerse como ejemplo á la república, denunciar al mundo los hombres que corrompían la libertad, morir combatiéndolos, y legar al pueblo, si no un gobierno, al menos una doctrina y un mártir. Evidentemente tuvo este último sueño; pero sólo era un sueño. ¡La intención era elevada, el valor grande, pero la víctima no era bastante pura para el sacrificio! Esta es la eterna desgracia de los hombres que han manchado su nombre en la sangre de sus semejantes, de no poder lavársela nunca sino con su propia sangre.

## III

Habiendo regresado del ejército Saint-Just, fué diferentes veces por la noche á conferenciar con Robespierre. Cansado de esperarle, fué aún cubierto con el polvo del camino al comité de salud pública. Un silencio taciturno y una curiosidad inquieta le acogieron. Entró convencido de que los ánimos eran irreconciliables y de que los corazones abrigaban la muerte. Al siguiente día, Saint-Just confirmó á Robespierre en la idea de dar el primer golpe. Por su parte los comités esperaban un ataque próximo; sus miembros se preparaban. Conociendo la importancia de la elección de presidente en una asamblea, en que el que preside puede á su gusto sostener ó desarmar al orador, hicieron subir á la presidencia de la Convención á Collot-d'Herbois.

Robespierre volvió á leer y enmendó verosímilmente muchas veces su discurso. Al salir por la mañana, se despidió de sus huéspedes con la cara más conmovida que los otros días. Sus amigos Duplay y las hijas de éste se agruparon á su alrededor vertiendo lágrimas. «Vais á correr grandes peligros hoy,—le dijo Duplay;—dejad que vuestros amigos os acompañen y llevad armas ocultas.» «No,—respondió Robespierre;—estoy rodeado de mi nombre y armado con los votos del pueblo. Por otra parte, la mayoría de la Convención es pura: nada tengo que temer en medio de la Representación, á la que nada quiero imponer, sino inspirar solamente su salvación.»

Se había vestido con el mismo traje que había llevado en la proclamación del Sér Supremo. Afectaba en su persona la decencia que deseaba establecer en las costumbres, queriendo sin duda que el pueblo le reconociese en aquel traje como su bandera viviente. Lebas, Couthon, Saint-Just y David fueron á la sesión antes que él. La Convención estaba concurridísima y las tribunas ocupadas por los jacobinos. Al entrar, Robespierre pidió la palabra. Su presencia en la tribuna, en un

momento en que llevaba el secreto y la suerte de la situación en sus ideas, era un acontecimiento. Sorprendidos los conjurados por su aparición, se apresuraron á bajar de sus sitios para ir á advertir á los miembros de los comités y á sus amigos que estaban en los jardines y en las salas para que ocupasen precipitadamente sus bancos. Un profundo silencio precedió á las palabras. Las masas tienen inmensos presentimientos.

En aquel momento, Robespierre parecía envolver con cuidado su fisonomía en una nube y contener la explosión de su pensamiento, mudo hacía mucho tiempo. Revolvía lentamente su manuscrito en su mano derecha, como si fuese un arma con la que iba á destruir á sus enemigos. También mostraba á sus colegas que su cólera era meditada, y que sus palabras eran un designio. Hé aquí su discurso con alguna extensión. Se sentiría no conocer palabras que encierran toda una situación, y que atrajeran por su efecto tan inminente cambio.

«Ciudadanos,—dijo,—otros os trazarán cuadros lisonjeros; vengo sólo á decir algunas verdades útiles. No vengo á realizar terrores ridículos esparcidos por la perfidia, pero quiero ahogar, si es posible, la tea de la discordia por sólo la fuerza de la verdad. Voy á defender ante vosotros vuestra autoridad ultrajada y la libertad violada. También me defenderé yo á mí mismo: de esto no os sorprendereis; vosotros no os parecéis á los tiranos que combatis. Los clamores de la inocencia ultrajada no importunan vuestro oído, y no ignorais que esta causa no es enteramente extraña para vosotros.

»Las revoluciones que hasta aquí han cambiado la faz de los imperios, no han tenido por objeto sino el cambio de dinastía ó el paso del poder de uno al de muchos. La revolución francesa es la primera que se ha fundado sobre la teoría de los derechos de la humanidad y sobre los principios de la justicia. Las otras revoluciones no exigían más que ambición; la nuestra impone virtudes. La república se ha deslizado, por decirlo así, por medio de todas las facciones; pero ha encontrado su poder organizado alrededor de ella, y también no ha cesado de ser perseguida desde su nacimiento en la persona de todos los hombres de buena fe que combaten por ella.

»Los amigos de la libertad buscan destruir el poder de los tiranos por la fuerza de la verdad; los tiranos buscan destruir á los defensores de la libertad por la calumnia; dan el nombre de tiranía al ascendiente mismo de los principios de la verdad. Cuando este sistema ha podido prevalecer, la libertad se ha perdido; porque está en la naturaleza de las cosas que exista una influencia en todo en donde hay hombres reunidos, sea de la tiranía ó de la razón. Cuando ésta se proscribiera como un crimen, la tiranía reina; cuando los buenos ciudadanos son condenados al silencio, es necesario que reinen los malvados.

»Aquí tengo necesidad de explayar mi corazón, y vosotros necesidad también de oír la verdad. ¿Cuál es, pues, el fundamento de ese odioso sistema de terror y de calumnia contra mí? ¿Nosotros temibles á los patriotas! ¿Nosotros, que los hemos arrancado de las manos de todas las facciones conjuradas contra ellos! ¿Nosotros, que los disputamos todos los días, por decirlo así, á los hipócritas intrigantes que se atreven á oprimirlos aún! ¿Nosotros temibles á la Convención nacional! ¿Y qué somos sin ella? ¿Y quién ha defendido á la Convención nacional, con peligro de su vida? ¿Quién se ha sacrificado por su conservación cuando exe-

crables facciones conspiraban por su ruina á la faz de Francia? ¿Quién se ha sacrificado por su gloria cuando los viles sostenedores de la tiranía predicaban en su nombre el ateísmo, cuando tantos otros guardaban un criminal silencio sobre las maldades de sus cómplices, y parecían esperar la señal de la carnicería para bañarse en la sangre de los representantes del pueblo? ¿A quiénes estaban destinados los primeros golpes de los conjurados? ¿Cuáles eran las víctimas designadas por Chaumette y por Ronsin? ¿A qué sitio debía marchar la banda de asesinos al abrir las cárceles? ¿Cuáles eran los objetos de las calumnias y de los atentados de los tiranos armados contra la república? ¿No hay más que un puñal para nosotros en los cargamentos que Inglaterra envía á Francia y á París? ¿Nosotros somos á quienes se asesina, y somos nosotros á quienes se pinta como temibles! ¿Y cuáles son, pues, los grandes actos de severidad que se nos echan en cara? ¿Cuáles han sido las víctimas? Hebert, Ronsin, Chabot, Danton, Lacroix, Fabre

d'Eglantine y algunos otros cómplices. ¿Es su castigo el que se nos echa en cara? Nadie se atrevería á intentarlo. No, no hemos sido demasiado severos. ¡Yo atestiguo con la república, que aún respira! ¿Somos nosotros los que hemos sumido en los calabozos á los patriotas y sumido en el terror á todas las condiciones? Son los monstruos que hemos acusado. ¿Somos nosotros los que, olvidando los crímenes de la aristocracia y protegiendo á los traidores, hemos declarado la guerra á los ciudadanos pacíficos,



Tallien en la tribuna (9 Thermidor.)—Pág. 475.

erigiendo en crimen las preocupaciones incurables ó las cosas indiferentes, para mostrar en todas partes culpables, y hacer temible la revolucion al pueblo mismo? Son los monstruos que hemos acusado. ¿Somos nosotros los que, buscando opiniones antiguas, hemos descargado la cuchilla sobre la Asamblea nacional? Son los monstruos que hemos acusado. ¿Se habrá olvidado ya que somos nosotros los que nos hemos interpuesto entre ellos y sus verdugos?

»Tal es, sin embargo, la base de esos proyectos de dictadura y de atentados contra la Representacion nacional. ¿Por qué fatalidad esta gran acusacion ha sido llevada de golpe sobre uno de sus miembros? ¡Extraño proyecto de un hombre, empeñar á la Convencion nacional en degollarse á sí misma en detalle por sus propias manos para abrirse el camino del poder absoluto! A otros queda percibir el lado ridículo de estas inculpaciones; á mí queda el ver su atrocidad. Vosotros dareis al ménos cuenta á la opinion pública de vuestra terrible perseverancia en perseguir el proyecto de degollar á todos los amigos de la patria, monstruos que buscáis arrebatar-me el aprecio de la Convencion nacional, el premio más glorioso de los trabajos de un mortal, que ni he usurpado ni sorprendido, que he sido forzado á conquistar. ¡Aparecer un objeto de terror á los ojos de lo que se venera y de lo que se ama, es para un hombre sensible y probo el más terrible suplicio! ¡Hacérselo sufrir es la más terrible de las crueldades!

»En el seno de la Convencion, pretenden que la Montaña está amenazada porque algunos miembros que se sientan en esa parte de la sala se creen en peligro, y para interesar en la misma causa á la Convencion nacional entera, han despertado súbitamente el negocio de los sesenta y dos diputados detenidos, y se me imputan todos estos acontecimientos que me son enteramente extraños. Se dice que yo quiero perder á la otra parte de la Convencion nacional. Se me pinta aquí como el primer perseguidor de los sesenta y dos diputados detenidos, allí se me acusa por defenderlos. ¡Ah! Cuando, á riesgo de herir la opinion pública, yo solo arranqué á una decision precipitada aquellos cuyas opiniones me hubieran conducido al cadalso si hubiesen triunfado; cuando en otras ocasiones yo me oponía á todo el furor de una faccion hipócrita para reclamar los principios de la estricta equidad con respecto á los que me habian juzgado con más precipitacion, estaba lejos sin duda de pensar que tuviese que dar cuenta de semejante conducta; pero aún estaba más lejos de pensar que me acusasen de ser el verdugo de aquellos por quienes yo he llenado los deberes de la probidad, y el enemigo de la Representacion nacional que he servido con adhesion.

»Sin embargo, la palabra *dictadura* tiene efectos mágicos. Marchita la libertad, envilece el gobierno, destruye la república, degrada todas las instituciones revolucionarias, que se presentan como obra de un solo hombre, y dirige sobre un solo punto todos los odios y todos los puñales del fanatismo y de la aristocracia. ¡Qué terrible uso no han hecho los enemigos de la república del solo nombre de una magistratura romana! Si su erudicion nos ha sido tan fatal, ¿qué nos serian sus tesoros y sus intrigas? No hablo de sus ejércitos, pero séame permitido devolver al duque de York y á todos los escritores reales las patentes de esta dignidad ridícula que me han expedido los primeros. Hay demasiada insolencia en unos reyes que no están seguros de conservar sus coronas en arrogarse el derecho de distribuirlas á otros.

»Me llaman tirano... Si yo lo fuese, se arrastrarian á mis piés, yo les colmari de oro y les aseguraria el derecho de cometer todos los crímenes, y se mostrarian reconocidos. Si yo lo fuese, los reyes que hemos vencido, léjos de denunciarme el tierno interes que toman por nuestra libertad, me prestarian su culpable apoyo, yo transigiria con ellos. Se llega á la tiranía por el socorro de los malvados. ¿Adónde van los que la combaten? Al sepulcro y á la inmortalidad. ¿Cuál es el tirano que me protege? ¿Cuál es la faccion á que pertenezco? A vosotros mismos. ¿Cuál es la faccion que desde el principio de la revolucion ha derribado y hecho desaparecer á tantos traidores acreditados? Vosotros, el pueblo, los principios. Hé ahí la faccion á la que yo pertenezco, y contra la cual se han conjurado todos los crímenes. La verdad, sin duda, tiene su poder, su ira y su despotismo; tiene acentos patéticos, terribles, que resuenan con fuerza, tanto en los corazones puros como en las conciencias culpables, y que no es dado á la mentira imitar, como á Sal-moneo imitar los rayos del cielo.

»¿Qué soy yo, al que acusan? Un esclavo de la libertad, un mártir viviente de la república, la víctima y el enemigo del crimen. Todos los pícaros me ultrajan; las acciones más indiferentes, las más legítimas para otros, son crímenes para mí. Un hombre es calumniado desde que me conoce. A otros se les perdona sus maldades, y á mí se me hace un crimen por mi celo. Quitadme la conciencia, y soy el más desgraciado de los hombres. Cuando las víctimas de su perversidad se quejan, se excusan ellos diciendo: «Robespierre es quien lo quiere, y nosotros no podemos remediarlo». Los infames discípulos de Hebert tenían ántes el mismo lenguaje en el tiempo que yo los denuncié; se llamaban mis amigos, y en seguida me declararon convertido al moderantismo; todavía son la misma especie de contrarevolucionarios que persiguen al patriotismo. ¿Hasta cuándo el honor de los ciudadanos y la dignidad de la Convencion nacional han de estar á la merced de estos hombres? Pero la accion que acabo de citar no es más que una parte del sistema de persecucion de que soy objeto. Desenvolviendo la acusacion de dictadura puesta al orden del dia por los tiranos, se han unido para achacarme todas sus iniquidades, todas las injusticias de la fortuna, y todos los rigores mandados para la salvacion de la patria. Han dicho á los nobles: «Solo él es quien os ha proscrito». Al mismo tiempo dicen á los patriotas: «Quiere salvar á los nobles». Dicen á los sacerdotes: «Solo él es quien os persigue; sin él estaríais pacíficos y triunfantes». Dicen á los fanáticos: «El es quien destruye la religion». Dicen á los patriotas perseguidos: «El es quien lo ha ordenado, ó no quiere impedirlo». Me envian todas las quejas en que yo no puedo evitar las causas, diciendo: «Vuestra suerte depende de él solo». Algunos hombres apostados en los sitios públicos propagan todos los dias este sistema. Los hay en las sesiones del tribunal revolucionario, en los parajes en que los enemigos de la patria expian sus maldades, y dicen: «Ved esos desgraciados sentenciados. ¿Y por qué causa? Por Robespierre». Se han unido particularmente para probar que el tribunal revolucionario era un *tribunal de sangre* creado por mí solo, y que yo dominaba absolutamente para dominar á todas las gentes honradas y á todos los pícaros, porque quieren suscitarme enemigos de todas especies. Este clamor resuena en todas las cárceles. Han dicho á cada diputado que vuelve de una comision en los departamentos que yo solo habia provocado su llamada. Han informado fielmente á mis colegas de todo lo que he dicho,